
EXTRACTOS

DE LAS CARTAS ESCRITAS Á LOS DIEZ DE LA BALÍA (1).

Hacia el 8 de Abril fueron puestos en libertad los prisioneros de Nápoles con Juan Jerónimo y el señor Pablo Orsino (año de 1497), y el duque de Urbino acordó su rescate con los Orsini en cuarenta mil ducados. Encontrábase entonces en manos del cardenal de San Severino, y sólo se esperaba á Pablo Vitelli, de Mantua, y á los prisioneros de Nápoles, para dejarle ir donde quisiera.

Por entonces la empresa de los Médicis preocupaba todos los espíritus, siendo Siena el centro de los preparativos que dirigían San Severino y Luis Bechetti (2). En Roma hacía los gastos Pedro de Médicis, que empeñó en seis mil ducados los efectos que poseía, consumiendo el crédito que le quedaba. El Papa, Venecia y Milán estaban á la expectativa, favoreciendo á los Médicis con palabras, para aprovechar con hechos su vuelta á Florencia.

(1) Estos extractos los escribió evidentemente Maquiavelo como apuntes para continuar la historia de Florencia.

(2) Acaso Boschetti, personaje notable de aquel tiempo.

Partió Pedro de Médicis de Roma el día 19 (de Junio) y vino á Siena. Trajo con él cuatrocientos infantes, y al Alviano con unos trescientos caballos. Juzgaba fácil su empresa, esperando le ayudasen los desórdenes en la ciudad, la miseria del pueblo los Señores, de quienes era jefe Bernardo del Nero, y también algunos parientes y amigos que prometían el mejor éxito: me refiero á los que en Agosto siguiente fueron condenados á muerte y ejecutados.

Reunida esta gente en Siena, partió en la tarde del día 27, y anduvo aquella noche tanto, que al día siguiente estaba en Tavernelle de Valdelsa, y de allí avanzó por la derecha hasta las puertas de Florencia, esperando siempre una sublevación dentro de ella. Detúvose algunos momentos en la Cartuja, sospechando por varios indicios que hubiera allí infantería; pero sabida la verdad, avanzó, llegando á la puerta cerca de las once de la mañana, donde estuvo hasta las tres de la tarde.

Era el día en que entraban en ejercicio los nuevos Priors, y antes de proclamarles se les convocó con pretexto de consultarles. También fueron convocados los ciudadanos, especialmente los que eran más sospechosos, con la misma excusa.

Encontrábase por acaso en Florencia Pablo Vitelli, que volvía de Mantua, y le encargaron, en unión de otros capitanes, la defensa contra Pedro de Médicis. Al conde Ranuccio, con sus tropas, se le había ordenado venir de Cascina á San Casciano, pero no llegó á tiempo, y las demás disposiciones fueron tardías é ineficaces, porque Pedro de Médicis se volvió por donde había venido.

En Florencia tenía pocos partidarios. Aquellos á quienes el suceso importaba más, mostráronse cobardes y estaban con capa y capucha como para ver una procesión. Los Priors mostrábanse amedrentados en el Palacio de la Señoría y á merced ajena, sobre todo el Confaloniero Bernardo del Nero que, para evitar todo cargo, dejábase guiar por cualquiera.

Distribuyóse aquel día gran cantidad de pan al pueblo, y á la plebe, aunque hambrienta, pareció bien dejar á los superiores ordenar lo que quisieran.

Partió Pedro de Siena el día 27 á las diez de la mañana, y aquella noche la abundante lluvia le impidió acelerar la marcha, pues de lo contrario, hubiera llegado de improviso al amanecer á las puertas de Florencia.

Aceptóse la tregua, se ratificó y aun se cumplió.

En los primeros días de este mes, estando predicando el fraile (Savonarola), á causa de haber golpeado uno en una caja, movióse gran tumulto en la iglesia, y transmitiéndose fuera, echaron mano á las armas, empezando un gran desorden que, por fortuna, se apaciguó pronto.

La Santa Sede empezó á amonestar á Savonarola por medio de Breves, y el Papa envió un tal Juan de Camerino, hombre turbulento é íntimo amigo de fray Mariano de Ghinazzano, con breves para la Señoría y para fray Jerónimo Savonarola; á la Señoría, para que prohibiera predicar á Savonarola, y á éste, notificándole la prohibición y ordenándole, entre otras cosas, presentarse al Vicario de Su Santidad.

La mayoría de estas medidas las habían solicitado los adversarios de Savonarola, pero sus partidarios le defendían valerosamente. Así las cosas, el calor del

verano, la epidemia, y muchas otras contrariedades, le impidieron predicar.

Terminada la loca aventura de los Médicis, el Alviano regresó á los Estados Pontificios y, decididos los de Spoleto, que eran güelfos, á combatir con los de Terni, se sirvieron de él. Después de algunos días, empleados más en ardidés que en verdaderos actos de guerra, entró en Todi, y mató cincuenta y cuatro ciudadanos del bando gibelino.

Por entonces casó el Papa á su hija con el Señor de Pésaro, que estaba en Roma, de donde salió *insalutato hospite*, y al llegar á sus Estados, hizo entender á su esposa que buscara otro marido, porque no la quería tener en su casa. El Papa le envió al maestro Mariano de Ghinazzano, y al fin se encontró el medio de realizar el divorcio, aunque se había consumado el matrimonio. Sucedió esto el 7 de Junio.

Fué leída en pleno Consistorio la Bula de investidura del reino de Nápoles á favor del rey Federico, con consentimiento de todos los cardenales, menos el de San Dionisio, que era francés, y protestó solemnemente *de nullitate rei, et de juribus íntegrís Christianissimi Regis*, etc., y persistiendo el Papa en su determinación, dijo por último el Cardenal que su Rey se reservaba defender su derecho *in armis*.

El día 9 fué elegido legado para asistir á la coronación el cardenal de Valencia, y nombrado príncipe de Benevento el duque de Gandía. A esto siguieron los acontecimientos cuyo hilo puede estudiarse en las cartas del Sr. Alejandro (Braccési).

A mediados del mes fué muerto el duque de Gandía. Por lo pronto no se supo la causa del asesinato. Des-

pués se tuvo por cierto que fué muerto por el cardenal de Valencia (César Borgia), ó por orden suya, y que el motivo fué la envidia, á causa de D.^a Lucrecia.

El motivo que sirvió de fundamento al divorcio del Señor de Pésaro y D.^a Lucrecia fué el de no haberse consumado el matrimonio por impotencia del marido, y el Papa añadía que lo había pronunciado por consideración al primer marido, Prócida (1), del cual también se había divorciado.

En esta época envió el rey de Francia á monseñor Gimel con encargo de hacer saber á todos, desde Saboya hasta Roma, que nosotros éramos sus amigos que deseaba nuestra seguridad, y que estaba dispuesto á ayudarnos *contra quoscumque*; y de ordenar á Trivulzio y á los demás hombres de armas franceses que había en Italia que acudieran en nuestro auxilio, si era necesario. Llegó monseñor Gimel hasta Vigevano, pero el duque de Milán no le dejó pasar adelante.

Por entonces debía verificarse en Montpellier la Dieta de todos los embajadores de los coligados y comprendidos en la tregua, para tratar de la paz, y fué por nosotros el obispo de Volterra; pero nada se acordó, como se ve en los papeles correspondientes á esta tregua. Además de este Congreso, había ido á España monseñor de Clari, para recibir instrucciones de su soberano y tomarle el juramento á la tregua.

El 10 de Agosto se verificó la coronación del rey Federico por mano del arzobispo de Cosenza, pues quedó

(1) Juan de Prócida, hijo de Juan Francisco, conde de Aversa, primer marido de Lucrecia Borgia, á quien se la quitó el padre, después de tres años de matrimonio, en 1493:

enfermo en Benevento el cardenal de Valencia, que de derecho fué el encargado de esta ceremonia.

Fué entonces preso Lamberto de Antella, que había venido á una finca de su propiedad, cerca de Paradiso. Aunque había escrito á Francisco Gualterotti, que era uno de los Diez y pariente suyo (Antella estaba casado con una Gualterotti), que quería venir para hacerle revelaciones, etc., sin embargo no obtuvo licencia. Cuando le prendieron enseñó otra carta escrita al mismo y no entregada. Antella estaba desterrado.

La Dieta, que se reunió primero en Montpellier, y fué trasladada á Narbona, jamás pudo ponerse de acuerdo, después del primer fracaso, porque cada cual rechazaba, como insuficientes para él, las condiciones de la paz, y el rey de Francia alardeaba de ser el más poderoso. El rey de España no había querido consentir hasta entonces en la conquista de Nápoles, si no se le cedía la Calabria, arreglo que aceptó el sucesor del rey Carlos.

Como autores y cómplices del proyecto y determinación de los Médicis de volver á Florencia, fueron denunciados, por Lamberto de Antella, muchos ciudadanos, entre ellos Bernardo del Nero, Nicolás Ridolfi, Juan Cambi, de los Cambi de Santa Trinidad, Giannozzo Pucci, Lorenzo Tornabuoni, Pandolfo Corbellini, Pedro Pitti, Francisco Martelli y algunos otros. Sus principales delitos consistían en haber recibido cartas y escrito á Pedro de Médicis por medio de un ermitaño llamado fray Serafín. Giannozzo Pucci y Lorenzo Tornabuoni estaban muy comprometidos por esta correspondencia. Juan Cambi también mantuvo correspondencia con Pedro de Médicis por medio de Jacobo Petrucci, de Siena, valiéndose de una cifra, según la cual, con la palabra

lino se entendia el nombre de Pedro. Nicolás Ridolfi había también recibido cartas, comunicándolas á Bernardo del Nero, *et inter alia* le acusaban de haber reído con Bernardo del Nero, de burlarse con otros y de decir delante de Bernardo: «Si volviera Pedro, rejuvenecería veinte años.» A los otros se les acusaba de haber sabido el complot y prepararse para auxiliarlo. En el interrogatorio á que fueron sometidos resultaron varias veces cargos contra Fr. Mariano, que seguramente intervino de algún modo en la conspiración.

El día 18 fueron sentenciados *reos mortis* por los Ocho, Bernardo del Nero, Juan Cambi, Nicolás Ridolfi, Giannozzo Pucci y Lorenzo Tornabuoni. Desde dicho día hasta el 21 estuvieron presos, discutiéndose si era eficaz la apelación que habían interpuesto ante el Gran Consejo, conforme á la ley hecha el año, etc. El 21, por reinar grande agitación en la ciudad, sobre todo entre los que temían á Pedro de Médicis, éstos, por propia seguridad, celebraron con los Señores una larga conferencia, en la cual unánimemente determinaron que la ejecución fuera *inmediata*. En esta conferencia se levantó Francisco Valori, acercóse á las sillas de los Señores, y golpeando sobre la mesa, trémulo y en ademán de amenaza, pedía la ejecución inmediata de la sentencia, lo cual produjo algún tumulto. Cuando se sentó, en vista de que la mayoría opinaba lo mismo, quedó acordado que siendo *periculum in mora, et urgente necessitate salutis reipublicæ*, no se debiera esperar el resultado de la apelación. Por votación de los Señores (á la cual no concurrieron todos) se ordenó al Consejo de los Ocho que inmediatamente fueran ejecutados los cinco reos, y así se hizo en la noche inmediata.

Los demás acusados fueron desterrados, á excepción del primo (1), que después de muchos meses de detención, para saber por él los intentos de los Médicis, fué también decapitado. La ejecución se hizo en el patio del palacio del Capitán. Quedaron los ánimos tenebrosos y sedientos de venganza, satisfaciéndose cuando la muerte de Valori en el siguiente mes de Abril.

Durante la tregua, el rey de España envió embajadores al Rey Cristianísimo, y ajustaron el tratado que ambos reyes deseaban; quedando estipulado especialmente que el Rey Católico ayudaría al Cristianísimo en la conquista de Nápoles y, como garantía de los gastos que hiciera, hasta ser reembolsado, se quedaría con la Calabria.

La sentencia del divorcio entre D.^a Lucrecia y el Señor de Pésaro fué dada en Septiembre, y fundada en que el marido era *impotens et frigidus natura*.

La flota genovesa, compuesta entonces de cuatro grandes barcos y muchos otros pequeños, cruzaba por delante de Tolón, teniendo bloqueada á la francesa destinada á Italia y al reino de Nápoles para socorrer á Salerno y Bisignano, que estaban en poder de los franceses, y hacer antes escala en Liorna.

Ya el 1.^o de Septiembre el rey Federico, para libertad su reino de invasión extranjera, había enviado hombres de armas contra dichas plazas, á pesar de la oposición de los venecianos, que condenaban esta empresa porque podía excitar á los franceses á pasar á Italia.

A fines de Octubre de 1497 el Papa había determinado

(1) Este primo, según unos, era Lamberto de Antella; otros creen que Corbinello.

ya que el cardenal de Valencia dejara los hábitos eclesiásticos y volviera á la condición laica, y en esta época lo hizo saber al rey Carlos VIII.

En 15 de Octubre, los Vitelli, que á sueldo de Florencia estaban alojados en Val de Chiana, intentaron, como desterrados de Montepulciano, apoderarse de esta plaza, por noticias que les habían dado los de dentro de que serían bien recibidos; pero fracasó la empresa y se hicieron graves cargos á Florencia, censurándole haber querido romper la tregua y teniendo que someter el juicio de su conducta á los gobiernos de Roma y de Milán.

Durante la tregua, los embajadores de los dos reyes se reunieron en Narbona para tratar de la paz y, al interrumpirse estas negociaciones como he dicho, fué enviado Clari, de Francia á España. Ambos reyes, como suelen hacer los poderosos, sin tener en cuenta los intereses de la Liga, ajustaron un tratado especial entre ellos, que España admitió de buen grado, porque tenía nuevas dificultades con Portugal y por afirmar el Rey su autoridad contra muchos señores de su reino que no la querían sufrir, juzgando difícil conseguirlo, si tenía que luchar al mismo tiempo con la enemistad de dos enemigos ó de uno solo.

Por entonces cayó una exhalación en el castillo de Sant'Angelo en Roma, causando destrozos de que dan cuenta las cartas de aquel tiempo. Los Orsini y los Colonna estaban en guerra. Estos querían quitar á los Conti algunas plazas que antes habían sido suyas, y los Orsini ayudaban á los Conti, sin que ni unos ni otros respetaran la tregua que había promulgado el Papa por propia autoridad.

No cesaba el rey de Francia de anunciar su venida á

Italia, y al efecto había hecho algunos desembarcos en los puertos de Saboya, enviado tropas á Asti, tomado á sueldo á los Orsini y mantenido relaciones en Génova con el cardenal de San Pedro in Vincula y maese Batis-tino. La Liga temía que ejecutara su proyecto, y podía creerse fácilmente que, vencidas muchas dificultades, realizara el Rey esta expedición, porque el propósito no se apartaba de su ánimo, distrayéndole de él tan sólo los placeres y los pérfidos consejos de quienes le rodeaban.

Por entonces el rey de Inglaterra hizo prisionero en una batalla, y mandó matar, á un tal Plata Giannetta (Plantagenet), hijo del rey Eduardo, duque de York (1).

El 7 de Noviembre murió Felipe, duque de Saboya, en Chambery, y también por entonces falleció el Infante de Castilla, el único hijo varón de los Reyes Católicos.

El 15 de Noviembre de este año el duque de Ferrara restituyó al duque de Milán el Castelletto de Génova, que le habían entregado en depósito en 1495.

Creviendo los franceses no tener que bajar á Italia en algún tiempo, propusieron al duque de Milán una tregua indefinida que, al ser denunciada, durase aún ocho días. La ajustó á nombre de Francia Juan Jacobo Trivulzio hacia el 20 de Noviembre.

Después de la muerte del duque de Gandía, volvió el Papa de pronto á su proyecto de hacer Señor temporal

(1) Refiérese al impostor Perkins Warbeck, hijo de un corredor de Amberes, que logró pasar, durante mucho tiempo, por hijo del rey Eduardo IV. Como tal lo reconoció la duquesa de Borgoña y le casó con su sobrina. Durante cinco años sostuvo guerra con Eduardo VI. Cogido con las armas en la mano, fué condenado á prisión perpetua; pero intentó evadirse y pagó con la cabeza este atrevimiento.

al cardenal de Valencia (César Borgia). Ya había convenido este asunto con el rey Carlos VIII, accediendo el Rey Cristianísimo á cuanto deseaba Alejandro VI.

Como en Roma no cesaban de proyectar empresas contra Florencia Pedro Médicis, el cardenal San Severino, los venecianos, los sieneses y otros muchos, tampoco faltaban esperanzas de auxilio por parte de los franceses, y estaba á punto de llegar Aubigny. Ya habían enviado á Gimel para pagar los sueldos á los Orsini y á los Vitelli y convenir con los florentinos el de Aubigny, y los demás preparativos necesarios á la empresa contra Nápoles, para la cual esperaban que les adelantáramos ciento cincuenta mil ducados.

Las operaciones militares del rey Federico contra Salerno (la última reliquia de la dominación francesa en el reino de Nápoles) habían terminado, y el Príncipe de Salerno convino en dejar sus Estados con tal de poder embarcarse con su familia y sus tropas.

Los franceses, entretanto, preparaban la nueva expedición, y nos pedían 150.000 ducados y que les proveyéramos de buques para que pasara á Nápoles Aubigny con cien lanzas; todo lo cual era un gasto intolerable y, aunque no se consintió, fué lo mismo que si se aceptara, porque el mal estaba en otra parte.

Los monarcas de España y Francia hicieron al fin la tregua indefinida, con la condición de que durase dos meses después de denunciada.

Según manifesté antes, fué en 1498 excomulgado fray Jerónimo (Savonarola), ó mejor dicho, le prohibieron predicar durante el verano. Pasado éste, estuvo tranquilo hasta Febrero, en que, con motivo del carnaval, comenzó de nuevo sus predicaciones, siendo sus sermo-

nes muy violentos y todos contra la Iglesia, por lo cual el Papa y la Corte pontificia, resentidos por aquellos ataques, enviaron nuevos Breves á Savonarola y á la Señoría.

Volvió á predicar, porque se iba á elegir la nueva Señoría; pero ya sentía el calor de la hoguera, pues la ciudad, enterada de su contumacia con el Papa y cansada y aburrida de sus profecías de desventuras, comenzó á excitarse contra él, por lo cual procuraba Savonarola alejar el peligro que le amenazaba.

Poco antes de la muerte del rey de Francia notáronse en él síntomas de epilepsia, y si no murió de esta dolencia, debió contribuir á su fallecimiento.

Había llegado Marzo. Seguía predicando Savonarola, y el Papa fulminando contra él censuras. Dividida la opinión en Florencia, la agitaban los dos partidos, el favorable á Savonarola y el contrario. Pero, al tomar posesión la nueva Señoría en Marzo, llegaron Breves del Papa muy graves. Deliberó varias veces la Señoría sobre este asunto, y, como al principio, las opiniones estaban divididas, por lo cual la discusión era muy agitada.

Entretanto, los Orsini llevaban en los Estados Pontificios la peor parte en su lucha con los Colonna, á quienes protegían el Papa y el rey Federico.

Á principios de Abril estaba el duque de Milán en Génova, donde había ido para tomar posesión de aquel Estado y congraciarse con el público y los particulares. Aumentando día por día su miedo á los venecianos, comenzó poco á poco á tomar medidas para echarles de Pisa. Por lo pronto, se limitaba á discursos y persuasiones y, con tal objeto, hubo en Roma una conferencia

que se menciona en carta sobre esto, etc. Al mismo tiempo exhortaba á los florentinos á suspender las hostilidades con los sieneses y con el marqués Gabbriello, para poder contar con más tropas.

El 8 de Abril de 1498 murió el rey Carlos de apoplejía, y aquel mismo día ocurrió el suceso de Fr. Jerónimo Savonarola en Florencia, del que se debe hablar especialmente.

Á la muerte de Carlos VIII subió al trono de Francia Luis XII, y en el mismo instante empezó á pensar en divorciarse de su mujer, para casarse con la reina viuda, á quien amaba y á quien pertenecía la Bretaña. Entonces se decidió que sus títulos fueran rey de Francia, de Sicilia, de Jerusalén y duque de Milán, demostrándose así su deseo de este Estado.

En esta época, determinando los venecianos enviar nuevas tropas á Pisa, pidieron permiso para que pasaran por Milán, que les fué negado, y empezó el duque Sforza á mostrarse tan irritado con ellos, que parecía increíble, sin tener en cuenta que, cuanto más ultrajara á los venecianos, más les obligaba á unirse con Francia, lo cual fué en lo porvenir su ruina.

Por entonces también los Vitelli y Baglioni salieron de la Ricia para ir en socorro de los Orsini que, en tierras de Roma, luchaban con los Colonnas, quienes al fin fueron derrotados principalmente por obra de Vitellozzo.

Entonces igualmente fué enviado maese Guido (1) á Milán para convenir con el Duque los detalles de la nueva expedición contra Pisa.

(1) Guido Antonio Vespucci.

El Papa, á fin de no tener que sufragar los gastos, y porque así se deseaba en Florencia, convino en que no fuera llevado á Roma Fr. Jerónimo Savonarola, sino que los Señores pidieran por cartas á Su Santidad tuviera á bien enviar quien le examinara, y así se hizo.

En aquellos días fueron enviados tres embajadores al nuevo rey de Francia, que fueron el obispo de Arezzo (1), Pedro Soderini y Lorenzo de Médicis.

A principios de Mayo enviaron los venecianos á Pisa unos trescientos stradiotas para reforzar la guarnición, por saber los designios del duque de Milán y de Florencia.

Los embajadores venecianos enviados al nuevo rey de Francia fueron Jerónimo Georgi, Nicolás Micheli y Antonio Loredano.

Al mismo tiempo fué enviado á Milán Guido Antonio para concertar mejor con el Duque la proyectada empresa.

Entonces determinaba ya el Papa quitar el capelo al cardenal de Valencia y gestionaba casarle con Carlota, hija del rey Federico, preocupándole más que nunca estos designios.

El duque de Milán no pensaba en otra cosa que en procurarnos la recuperación de Pisa, no tanto por afecto á nosotros los florentinos, como por apartarnos de la alianza francesa, cuyas funestas consecuencias temía, notando ya el humo del incendio. Sin embargo, nos aconsejaba que nos sirviéramos del nombre francés, y que, para recuperar á Pisa, pidiéramos al rey de Francia doscientas lanzas de las que estaban más cerca. Pero

(1) Gentil de Becchi,

el objeto del duque Sforza era alejar por este medio de Asti á Juan Jacobo Trivulzio. Esta fué la poderosísima causa de que tanto le odiaran después los venecianos. Tan ciego estaba el duque de Milán, que no previó las consecuencias de estas intrigas y, como hombre ligero, cambiaba frecuentemente de opinión, esperando unas veces, temiendo otras, decidiendo hoy una cosa, mañana otra. Respecto al Emperador alemán, unas veces le consideraba su apoyo, otras prescindía de él, diciendo que era hombre necesitado siempre de dinero y cuando lo tenía no sabía gastarlo.

Continuaba la guerra entre los Colonna y los Orsini en los Estados Pontificios con buen número de tropas por ambas partes, y en Roma inspiraba grande interés esta lucha. En uno de los combates (1) perdió la vida Antonio Savello, que era hombre de mérito.

El Papa procuraba calmar los ánimos, y de continuo pedía al gobierno de Florencia que realizara el trato de tomar á su servicio á los Vitelli y los Baglioni, deseosos de acudir en auxilio de los Orsini para que, una vez comprometidos á servir á Florencia, no pudieran alejarse del territorio de esta República.

Después de la derrota de Santo Regolo, que ocurrió en estos días, enviaron los florentinos á Bolonia á Simón Ridolfi, para que viniesen de allí Alejandro Bentivoglio con sus fuerzas y otras tropas.

Todas las negociaciones que hubo con Milán en este tiempo constan en una carta coleccionada en la fecha correspondiente, en la cual el duque Sforza pide saber con qué recursos podríamos ayudarle en el caso de ser

(1) En la batalla de Monticelli.

atacado por Francia. Entiéndase que su deseo consistía en que le auxiliáramos secretamente con todos nuestros recursos; que no permitiéramos á Francia valerse de los servicios de los Vitelli, sino en proporción al dinero que ofrecía, y que no procurásemos al rey de Francia otras tropas de las que pudiera servirse contra él.

El 24 de Mayo fué quemado Fr. Jerónimo Savonarola, y también Fr. Domingo y Fr. Silvestre, del modo, etc.

En uno de los días inmediatos, es decir, el 21 ó el 22 fué derrotado en Santo Regolo nuestro ejército, que mandaba el conde Ranuccio de Marciano. Esto obligó á Florencia á reunir nuevas tropas y, por no haberlas más expeditas y prontas, tomó las de los Vitelli y por general á Pablo, porque los otros habían perdido la batalla.

Los sieneses pidieron entonces consejo á Venecia para saber cómo habían de proceder contra nosotros, y al mismo tiempo pedirles auxilio. Así comenzó el convenio en cuya virtud permitieron el paso á las tropas venecianas que, al poco tiempo, nos atacaron por la Romaña y el Casentino.

Entonces también el duque de Milán tomó á su sueldo al marqués de Mantua.

Esperábase en Florencia la recuperación de Pisa y, por ello, se había dado como en presa al duque de Milán, complaciéndole en cuanto deseaba. Fué enviado embajador á Génova Braccio Martelli, á quien los genoveses recibieron muy bien, porque deseaban valerse de él para recobrar á Pietrasanta y Serezzana. El Papa, naturalmente pérfido, alentaba de palabra esta negociación, pero engañaba al duque de Milán y á los florentinos, y cuando le pedían al señor de Piombino con

sus tropas y á Villamarina con sus galeras, daba por respuesta que buscaran la manera de hacerlo sin que lo supiesen los venecianos, pues él sólo podía concedernos permiso para cobrar un diezmo.

El duque de Milán entró poco á poco en esta empresa y licenció al conde Luis de la Mirandola, para que nosotros le tomáramos á sueldo, como se hizo, pagando él los gastos.

Tanto avanzó así lentamente, que le fué imposible retroceder, y nosotros, insensatos, creimos hacer una guerra á crédito.

Los Baglioni tenían entonces cuestiones con el duque de Urbino, y ambas partes reunían tropas. La causa era, etc. De Florencia fué enviado Pedro Martelli y después Felipe de Casavecchia, que asumió el mando. Júzguese qué guerra iba á hacerse cuando se confiaba en tal hombre.

Entretanto, los pisanos fueron á sitiar Ponte de Sacco, pero la llegada del nuevo general les obligó á retirarse.

En este momento conviene decir quiénes eran los Diez y cómo habían sido elegidos.

Se pidió al Papa que favoreciera la empresa contra Pisa, y, según lo que había ofrecido, enviara al Señor de Piombino con sus tropas y á Villamarina con sus galeras, ordenando al duque de Ferrara que no permitiera el paso á los venecianos que vinieran en socorro de Pisa; pero contestó que el duque de Ferrara no le obedecería y, en cuanto á las tropas, el mejor medio, en su opinión, era que el rey Federico le mandara, en cambio de ellas, cien hombres de armas de los suyos, que el Papa pagaría, y las galeras las enviaría cuando el rey Federico las reemplazara con otras tantas de las suyas, y si no, no.

Los genoveses, á quienes el duque de Milán mostraba propicios á esta empresa, después que les enviamos á Braccio Martelli, se empeñaron en que les devolviéramos Serezzana y que tomáramos á sueldo á Jorge Adorno y á Juan Luis del Fiesco, dando á aquél un mando en la flota y á éste en las tropas de tierra; por lo cual se ve que con la multitud rara vez se puede convenir nada.

Por entonces los Colonna atacaron y arrasaron á Val Montano.

Motivaba el armamento del duque de Urbino, no tanto la ofensa recibida de los Baglioni como el alistar doscientos hombres de armas y ponerse con ellos á sueldo. Para que este alistamiento no le costara dinero, proyectaba sacárselo á los de Perusa, ó por vía de acuerdo, ó tomándoles tantos castillos que su rescate le proporcionara la cantidad deseada.

En Bolonia habían conferenciado ya los venecianos con los Médicis para restablecer á éstos en Florencia y para servirse de ellos, á fin de distraer fuerzas de los florentinos por la parte de la Romaña, como sucedió, una vez terminado el acuerdo hecho en Bolonia con Julián de Médicis, en Venecia con Pedro mismo y en Roma entre Pedro de Médicis y el embajador veneciano.

A fines de Junio llegó á Roma un embajador del Rey Cristianísimo para pedir la dispensa del divorcio del Rey.

Las tropas que el duque de Milán envió en nuestro favor contra Pisa fueron cien hombres de armas á las órdenes de Luis de la Mirandola y doscientos con cascos, mandados por varios capitanes, ninguno de los cuales eran hombres de guerra, sino criados y gentualla. A la Romaña, es decir, á Cotignuola envió á Gaspar y Fra-

cassa de San Severino con doscientos hombres de malas tropas, reclutadas en el país, para distraer por aquella parte al enemigo.

A fines de Junio se estipuló el contrato de matrimonio entre D.^a Lucrecia, hija del Papa, y D. Alfonso, hijo natural del rey D. Alfonso, reconociéndola una dote de cuarenta mil ducados.

Como antes decimos, Siena estaba destinada á Ligni, y debe saberse que lo estaba también Pisa á monseñor de Piennes.

Faltando entonces tropas á los venecianos, tomaron á sueldo á los Orsini por mediación de Pedro de Médicis, cuando más empeñada tenían la guerra con los Colonnas. Con este refuerzo vinieron al Casentino.

A principios de Julio, y sin mediación alguna, hicieron la paz los Orsini y los Colonna por espontáneo acuerdo de ambos partidos. Las condiciones fueron dar libertad á los prisioneros, restituir á sus anteriores dueños las fortalezas tomadas, y que las cuestiones que ocurrieran en esta comarca se sometieran al arbitraje del rey Federico.

Ya en esta época era el Papa favorable á Francia, y nos alentaba á seguir su ejemplo.

El acuerdo entre el duque de Urbino y Perusa lo ultimó Borges, legado del Papa, y Casavecchia fué sólo para jurar su observancia.

En aquel día partieron el obispo de Arezzo, Pazzi y Pedro Soderini como embajadores á la corte de Francia, donde ya estaban los embajadores venecianos y había ido en Junio Gualterotto.

Los venecianos tomaron á sueldo, además de los Orsini, al duque de Urbino. Guido Antonio, á su vuelta de

Milán, tomó el camino de la Romaña, y allí convino con la condesa de Imola y con Fracassa lo que debía hacerse para alojar los doscientos hombres de armas de don Alfonso de Rímini y los otros ciento que envió el duque de Milán á instancias del marqués de Mantua. Mandaba estas tropas Fracassa, porque el duque de Ferrara no quiso enviar á D. Alfonso para que personalmente combatiera á los venecianos. Su hermano Fernando, que estaba en Pisa con cien hombres de armas á sueldo de los venecianos, fué contra este ejército.

Descubiertas entonces las tramas de los venecianos con Pedro de Médicis, sabido que habian tomado á su servicio á los Orsini, y dudando los florentinos de la sinceridad de los sieneses, hicieron con éstos una tregua que contenía muchos artículos. Los principales se encontrarán en los papeles coleccionados con esta fecha.

Tanto pudo el miedo del duque de Milán á los franceses, que suscitó y pagó durante algún tiempo la guerra del Emperador de Alemania contra Francia en Borgoña, que, emprendida al principio del reinado de Luis XII, produjo á este monarca grandes dificultades. Pero lo que consiguió el duque de Milán fué excitar más y más á Francia en contra de él.

El Papa envió al rey de Francia el obispo de Seez, que llevó encargo de citar á la Reina viuda y hacer todas las formalidades necesarias para el matrimonio. También llevó encargo de manifestar al Rey los deseos del Papa, es decir, pedirle para César Borgia veinte mil francos de subsidio, el mando de cien lanzas, la hija del rey Federico como esposa, y el Condado de Valence, próximo á Avignon.

Hacia fines de Julio pactó el duque de Milán una

tregua con Juan Jacobo Trivulzio, sin fijar el término, pero debiendo ser denunciada con doce días de anticipación.

La paz que por entonces ajustó el Rey Cristianísimo con el duque de Borgoña, es decir, con el Archiduque, ofreció de particular que el Rey Cristianísimo restituía al citado Archiduque las plazas que de él tenía; mientras el Archiduque prometía á nombre de su padre la observación del tratado y salir de Borgoña.

Las tropas que en este tiempo puso el duque de Urbino á sueldo de los venecianos fueron doscientos hombres de armas, siendo él general en jefe en todas las expediciones á que contribuyera. El precio de sus servicios se convino en veinte mil ducados.

También tomaron los venecianos á sueldo á Astorre Baglioni; y por nuestra parte asoldamos al señor de Piombino, Juan Pablo y Simonetto Baglioni.

El acuerdo entre los venecianos y Pedro de Médicis para distraer á los florentinos de la guerra de Pisa, fué el siguiente: le cedieron las tropas del duque de Urbino, de los Baglioni y de los Orsini; le prestaron veinte mil ducados, diez mil para la infantería y otros diez mil para la caballería; como también todos ó algunos de los Orsini, es decir, Bartolomé de Alviano y Carlos Orsini. Por su parte, Pedro de Médicis se comprometió á entregarles Pisa enteramente libre con todo el condado, incluso Liorna y, como garantía del compromiso, debía dejar á su hijo en rehenes en Venecia.

El 17 de Agosto de 1498 el cardenal de Valencia manifestó al Consistorio que se sentía naturalmente inclinado á otro estado que el del sacerdocio, y, por tanto, suplicaba la gracia al Sacro Colegio de darle las dispen-

sas necesarias para volver á la vida civil y seguir la carrera á que su vocación le llamaba.

Levantaron acta de su demanda y, en el Consistorio siguiente, le fué concedida.

Hacia el 16 de Agosto fueron enviados á Venecia dos embajadores, Guido y Bernardo Rucellai, con misión de proponer algún acuerdo en la cuestión de Pisa. Esta determinación se tomó por creer que Venecia aprovecharía la ocasión de abandonar honrosamente la empresa; pero no sucedió así, porque los venecianos contaban con el éxito que después obtuvieron, fundando sus esperanzas en las dificultades con que tropezaríamos para poner de acuerdo tantos hombres, en lo bien que conocían al duque de Milán y en nuestra propia debilidad para realizar grandes esfuerzos. Los sucesos probaron que no se engañaban.

Al tomar el Papa á sueldo á los Orsini, exceptuó nominalmente á Carlos Orsino. A nombre de éste y del Alviano, fueron reclutados los hombres de armas. Diéronles los venecianos doscientos, aunque realmente con ellos tomaron á sueldo toda la casa Orsini. En este tiempo, es decir, hacia el 20 de Agosto, salieron á campaña los florentinos y tomaron á Buti. Aquí se debe describir la vuelta que dieron, el camino de las montañas, cómo condujeron la artillería y cómo tomaron á Buti.

Tan necesitada hallábase entonces Florencia de consejo y de dinero, que se vió precisada á aceptar tres ó cuatro mil ducados de Milán, y se creía poder atender con recursos tan insignificantes á una guerra de aquella importancia.

Fueron á Venecia dos embajadores, y la respuesta que trajeron encuéntrase en los papeles coleccionados.

Por entonces se ajustó la tregua con los sieneses, y los artículos más importantes de ella están en la colección de documentos con esta fecha.

También por entonces tuvo el rey de Francia en la campaña de Borgoña ochocientas lanzas y ocho mil suizos.

La primera esposa del rey Luis se llamaba Juana, y el conocimiento de la causa de disolución de su matrimonio lo encargó el Papa al cardenal de Mans, al obispo de Albi y al de Seez.

De Provenza vino por mar á Ostia monseñor de Sarnon para buscar al duque Valentino (César Borgia), y el arzobispo de Dijón le esperaba en Ostia para recibirle.

Desplegaban entonces los venecianos toda su actividad, haciendo lo posible por asegurarse de Siena y Perugia. A todas partes enviaban proveedores y secretarios, prometiendo á cada cual lo que más podía desear: á los sieneses la conquista del bastión y del puente de Valiano; á los Orsini considerable paga; á los de Perugia aprovisionamientos, *et sic de singulis*.

En las negociaciones verificadas en Venecia se trató de la restitución de Pisa y, porque los venecianos insistían en que se terminara este asunto sin menoscabo de su honor, se propuso hacer capitulaciones idénticas á las hechas con los franceses en Asti; á lo cual respondieron según consta en las cartas coleccionadas.

El 5 de Septiembre fué tomado Vico, respetando las personas y los bienes. Conviene describir aquí la posición de la plaza, el modo como fué sitiada, el punto desde donde la cañonearon, y que la llegada de Castina á Vico del conde Ranuccio decidió su rendición.

Estaban ya en movimiento en estos días las tropas

enemigas. El duque de Urbino tenía en la Sarra, lugar situado sobre el Fratte, doscientas lanzas, mil soldados de caballería con cascos y mil infantes. Las tropas de los Orsini empezaban á presentarse en la Pulla, diciéndose que constaban de seiscientas lanzas y tres mil infantes.

La tregua con los sieneses se ratificó el 4 de Septiembre, y las principales condiciones constan en los papeles coleccionados con esta fecha.

Murió entonces Juan de Médicis. Es necesario decir cuanto á él concierne, y especialmente de su mujer, la condesa Imola.

Conquistado Vico, temíase que el ataque viniera por la parte de Siena, y se envió el conde Ranuccio á Poggio Imperiale; pero, hecha la tregua con los sieneses, se dirigieron las tropas enemigas por la Vía de Roma, pasando por el Fratte y el camino de Agobbio. Estas tropas eran quinientas lanzas, dos mil infantes y doscientos estradiotas, y aumentaron después con mil caballos venidos del Bresciano.

Ordenóse al conde Ranuccio que siguiera la misma dirección con las tropas del duque de Milán y las del Señor de Piombino y, entretanto, el ejército contra Pisa acometió la empresa de Librafatta.

Están coleccionadas muchas cartas en las que consta ordenadamente cómo y cuándo el enemigo vino á Marradi y cómo la defendimos. Primeramente se presentó sin el duque de Urbino, que había quedado detrás, y atacó y tomó el burgo de Marradi; después atacó el castillo, sitiándole durante algunos días inútilmente. Esperaba tomarle por falta de agua, pero llovió, y entonces pensó levantar el sitio. Defendía el castillo Donato Cochi, hombre duro, paciente y valeroso, y se habían acogido

dentro Simón Ridolfi, con Nicolás y el condestable Dionisio Naldi. Aquellos dos se marcharon, no contribuyendo á la defensa del castillo, sobre todo el Condestable, á quien, de cuatrocientos hombres que le pagaban, sólo le quedaban doce. Entretanto, nuestras tropas, es decir, el conde Ranuccio con Octavio de Manfredi y los demás pequeños *condottieri*, por el camino de Mugello se situaron frente á Marradi, con propósito de atacar á los enemigos; pero estos levantaron el asedio, dejando alguna artillería. El Señor de Piombino no quiso ir porque, teniendo en su contrato de servicio título de general en jefe de las tropas de Toscana, negóse á unirse, para no compartir su jefatura con Fracassa y Caraccioli, que con doscientos hombres de armas y mil infantes aquél, procedente de Parma, y éste de Forli con doscientas lanzas y mil infantes, se habían aproximado á Berzighella y perseguido al enemigo, con ánimo de tomar esta plaza. Aníbal Bentivoglio fué á unirse con los demás aliados cerca de Ravena. Los venecianos habían puesto á sus órdenes cien hombres de armas. Nosotros, además del conde Ranuccio, el Señor de Piombino, etc., enviamos hacia aquella parte á Pablo Baglione y Simonetto, aquél con sesenta lazazas y éste con cincuenta caballos ligeros.

El 25 de Septiembre había partido ya de Parma el conde Caravaggio con trescientos cuarenta y seis hombres de armas, ciento cincuenta caballos ligeros y quinientos infantes. Al Conde y al Señor de Piombino dió en común el duque de Milán el mando de sus tropas. Tomó el camino de Módena, á lo largo del Po, á Santa Agata y Massa, y llegó, por fin, á Imola.

El 1.º de Octubre partió César Borgia para Francia, embarcándose en la flota con Sarnon. Hacia el 3 ó 4 de

Octubre fué tomada Librafatta, y unos cuatro días después el reducto construído sobre ella. Este suceso ocasionó el envío de Francisco de Nerli á Bolonia, para mantener dicho Estado á nuestro favor, y á Andrés de Pazzi á Forli, para tratar con la Condesa y comunicarle el estado de las cosas de la Romaña.

Después de estar algunos días los venecianos ante el castillo de Marradi y de haberle cañoneado inútilmente, levantaron el sitio en los primeros días de Octubre, retirándose á Berzighella, y desde allí urdieron la traición de Bibbiena realizada el 24 de este mes. Francisco de Nerli había dado aviso desde Bolonia de esta traición muchos días antes de que ocurriera, y también la anunció desde Roma Gualterotto, aunque sin especificar el sitio; pero nuestra imprevisión y el escaso valor de Cappone Capponi, enviado á Bibbiena, ocasionaron no poderla impedir ni remediar.

Mucho tiempo antes el duque de Milán había tomado á sueldo al marqués de Mantua; pero ocurrían dificultades para el cargo que debiera ejercer, porque habiendo dado el Duque el de general en jefe al conde de Gaiazzo no lo podía dar á otro. Se titubeó largo tiempo en concederle el título de general de las fuerzas imperiales en Italia y jefe honorario de nuestras tropas. No tomándose al fin ninguna determinación, porque los florentinos no podíamos conceder este título, á causa de la enormidad de nuestros gastos y de tener otro general, decidió el Marqués entrar al servicio de los venecianos, y fué á Venecia, poniéndose á sueldo de esta República. Se le ordenó venir á Pisa al frente de un ejército numeroso, y hubiera venido sin duda de no ocurrir lo de Bibbiena, por cuyo suceso creyeron los venecianos no necesitar

de él; pero está fuera de duda que, sin esto, lo hubieran enviado. ¡Tan obstinados estaban en aquella guerra!

El 12 de Octubre llegó César Borgia á Marsella, y el Rey le dispensó grandes honores.

El 24 de Octubre, como he dicho, se sublevó Bibbiena, siendo pocos los que fraguaron el complot. Se había tenido anticipada noticia, y por ello fué enviado allí Cappone Capponi para descubrir y castigar la conspiración. Cayó en sus manos Dovizi, primo de Pedro de Médicis y principal autor de la conjura; por misericordia ó compasión no quiso aplicarle el tormento, y nada descubrió. El complot se realizó de este modo. Unos cuantos soldados de la caballería ligera de Alviano caminaron toda la noche, y sólo cuatro se presentaron disfrazados de campesinos en una de las puertas de la ciudad al abrir ésta, apoderándose de ella. Así dieron tiempo á que llegaran los demás, y en menos de dos horas toda la ciudad estaba en su poder, sin que muchos de los habitantes hubieran aún despertado. Esta audacia, más afortunada que sensata, tuvo éxito por lo escasa que era la guarnición y por su negligencia y falta de orden. Nada de esto es extraño, teniendo en cuenta que nadie esperaba una operación de guerra tan temeraria, entrando en un valle, fuerte por ambas laderas, sin salida, al principio del invierno y con los Alpes cubiertos de nieve. El mismo día llegó Alviano, é inmediatamente, con su actividad acostumbrada, se presentó delante de Poppi; pero llevaba pocas tropas, la plaza era fuerte, los defensores fieles y prevenidos por la sorpresa de Bibbiena, que ya sabían, por todo lo cual no pudo hacer nada. Además encontró allí á Juan Antonio, que cayó

herido combatiendo en la puerta. Los enemigos se dedicaron entonces á apoderarse de los pueblos de las inmediaciones de Bibbiena.

El divorcio del rey de Francia fundóse en cuatro causas: la primera, que los esposos eran parientes en segundo grado; la segunda, que el rey Luis, padre de Juana, esposa del Rey, había sido padrino de éste en el bautismo; la tercera, que *fuera matrimonium coactum*, pero que nunca había sido consumado *per copulam carnalem*; la cuarta, que la Reina era contrahecha, *utrinque gibbosa*, y estéril. El conocimiento *si vera essent*, de estas causas, fué sometido á las personas antes citadas, quienes citaron á la Reina, y después juzgaron *tanquam non legitimum, nec sancitum, matrimonium esse solvendum ob prædictas causas*, y el Papa, por un Breve, refiriéndose á este juicio, *concessit solutionem fieri, et permissionem alterius matrimonii*. Esta dispensa la dió al duque Valentino (César Borgia) cuando fué á Francia, sin que lo supiera ningún otro, con orden de que la vendiera cara al Rey, no entregándola antes de obtener la esposa que solicitaba y la realización de sus demás pretensiones.

Mientras se ponían en juego estas intrigas, supo el Rey por el obispo de Seez, á quien el duque Valentino mandó matar por haberlo dicho, que la dispensa estaba concedida, y sin tenerla ni haberla visto consumó el matrimonio con la Reina viuda del rey Carlos VIII. Los demás asuntos arregláronse después á gusto de todos. El litigio terminó pronto, á causa de que la Reina, persuadida por su hermana la princesa de Borbón, no lo siguió, es decir, no contradijo las causas alegadas. El Rey le prometió el ducado de Berri con treinta mil francos, y á la princesa de Borbón que su hija sería reina de

Francia, casándola con el duque de Angulema, y ella, por tanto, suegra del Rey.

A principios de Noviembre, conociendo los venecianos cuán difíciles y costosas eran las empresas que tenían entre manos, comenzaron en Milán, por medio de sus embajadores con los nuestros, y en Ferrara con el Duque, á insinuar negociaciones de paz, acaso por librarse de los embarazos presentes, para quedar más expeditos en los asuntos con Francia. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que alegaron dificultad de dinero, y en Marzo siguiente acudieron á tres de los principales bancos para hacer frente á los gastos. Siendo éstos también gravosos á nosotros y al duque de Milán, empezaron las negociaciones, yendo á Ferrara Alejandro Strozzi, y poco tiempo después dos embajadores á Venecia.

Pero ilusionados los venecianos por sus prósperos sucesos en el Casentino, continuaban enviando allí nuevas tropas, llegando á reunir setecientos hombres de armas y más de seis mil hombres de infantería, además del conde de Pitigliano, que vino de Castel d'Elci casi como á sueldo de ellos.

El duque de Urbino y Pedro Marcello, proveedor veneciano, se encerraron en Bibbiena é hicieron de esta plaza el centro de las operaciones militares. Su propósito era llevarse cuanto pudieran de Poppi, Romena, Pratovecchio y Camaldoli; pero á Poppi no llegaron á tiempo, á Romena no fueron, Pratovecchio lo socorrió nuestro general, pues el mismo día que venían á atacarlo, el ejército de Vitelli plantaba sus banderas en aquellas alturas. A Camaldoli lo defendió el abate Basilio *cujus vit summa manus in bello et amor et fides in patriam.*

Por estos sucesos tuvimos que apartar de Pisa y de

Val de Serchio á nuestro general y lo más fuerte del ejército. Esto ocurrió hacia el 6 de Noviembre. El general partió después de haber provisto á la defensa de Vico y de Librafatta, y de terminar el atrincheramiento de la Berrucola.

Por entonces, el Papa y nosotros procurábamos entorpecer las negociaciones de los venecianos con el rey de Francia, importándonos mucho que no se aviniera con Venecia el Rey antes de que le entregáramos Pisa, con objeto de que nos las restituyera después. El Rey apremiaba para que tomáramos este partido. Por estar comprometidos en los asuntos del duque de Milán, á causa de que unos odiaban á los franceses y otros deseaban la alianza con el citado Duque, decidimos tan mal en este negocio, que los venecianos tuvieron tiempo para ajustar el tratado con el rey de Francia, haciendo comprender al Duque que el único camino de salvación era reconciliarnos con Venecia. Adoptó este partido, aconsejándonos, ó más bien, forzándonos á pactar la paz con los venecianos, lo que no impidió que continuara expuesto al mismo peligro.

Temieron algo los florentinos entonces por la parte de Arezzo, á causa de descubrirse que uno estaba en negociaciones con el enemigo, por lo cual fué ahorcado. En vista de ello, cuando el general llegó al Casentino, fueron enviados hacia la parte de Arezzo el conde Ranuccio y Fracassa, al frente de las tropas del duque de Milán. Esta determinación impidió al enemigo invadir el Valdarno como tenía proyectado.

Al venir las tropas del duque de Milán de la Romaña á Toscana, á las órdenes de Fracassa y Carazolo, éste quedó enfermo en Forli en el palacio de la Condesa

permaneciendo allí para su seguridad algunos soldados, y Fracassa vino á Arezzo.

Una de las causas más poderosas, ó mejor dicho, la principal y única de precipitar al Papa á aliarse con Francia, fué obtener esposa y Estados para el duque Valentino, que no encontraba en Italia quien satisficiera su grande ambición, ni tampoco quien lo pretendiera, como lo demostró, entre otros, el rey Federico, que le negó la mano de su hija Carlota, persuadido de que no podía satisfacer las aspiraciones de dicho Duque con la mitad de su reino. Por ello, desesperando de todos los demás, se dirigió á nosotros, y las circunstancias le favorecieron, porque encontró un rey que, con tal de divociarse de su antigua esposa, le prometía y daba más que ningún otro príncipe.

Necesitando aliados en Italia, proyectó que lo fuéramos nosotros por necesidad, y para ello indujo á Francia á que privara á los venecianos de Pisa y la pusiera en sus manos, mientras nosotros, por el contrario, deseábamos que quedara en las del Rey. En esta confusión de ideas y diversidad de aspiraciones, ocasionadas por ser unos florentinos partidarios de los franceses y otros no, se creyó encontrar el medio de recobrar á Pisa, proponiendo que quedara en poder del Colegio de Cardenales, y negociando al mismo tiempo con el duque de Ferrara para confiarle el depósito.

El verdadero objeto de estas gestiones era continuar aliados con el duque de Milán, sin advertir que caminaba á su ruina, y por ello, ni sobre este asunto, ni sobre ningún otro, convinimos nada con Francia, dando ocasión á los venecianos para hacer cuanto querían y para acusarnos de inteligencias con el duque de Milán;

las cuales tenían por fundamento, no sólo los motivos referidos, sino el odio que inspiraban los franceses por su pasada conducta. Además, con el duque de Milán manteníamos las campañas de Pisa y del Casentino y, ayudándonos él con tropas y dinero, temíamos el peligro y nos avergonzaba la ingratitud de abandonarle. Así empeoraban poco á poco nuestros asuntos.

La sentencia de la disolución del matrimonio del Rey de Francia fué dictada el 20 de de Octubre de 1498.

Al llegar el duque Valentino á la corte de Francia, que fué el 18 de Octubre, entregó el capelo al cardenal de Ruan.

Por entonces fué enviado á Milán, por las gestiones de los partidarios de nuestra alianza con el duque Sforza, el cardenal de Volterra, y además á causa de la importancia de las negociaciones con el duque de Ferrara que se practicaban en Milán.

El Papa excitaba de continuo al rey de Francia á que se aliase con los venecianos, y estas excitaciones, unidas á las otras causas, le decidieron á hacerlo.

El miedo que esta alianza inspiraba al duque de Milán, y la vana esperanza de apartarles de las negociaciones con Francia, indujeron á Sforza á obligarnos á la paz con los venecianos, de quienes esperó más de lo conveniente. Empezadas las gestiones, quedó ajustada la paz inmediatamente, y los venecianos, privando al Rey de Francia de la realización del deseo de tener Pisa en su poder, aumentaron su reputación de hábiles, pues dejaron Pisa de un modo honroso, obteniendo un crédito contra la ciudad de ciento ochenta mil ducados. Tales beneficios los consiguieron después de haber sido derrotados en el Casentino, y varias veces en distintas oca-

siones, en Stia, Monte Mignaió, Montalone y Maronaio, perdiendo más de tres mil caballos; no quedóles de sus conquistas más que Bibbiena, que no hubieran podido conservar, de portarse mejor nuestros soldados y querer terminar la guerra.

Así las cosas, llegó el Conde de Pitigliano á Castel d'Elci, no atreviéndose á pasar de allí. Tan bloqueados estaban los enemigos, que necesitaban enviar soldados de infantería con cincuenta libras de harina acuestas para aprovisionar Vernia y Bibbiena, y un día en Cava de Vellano fué batido un cuerpo numeroso de esta infantería, cogiéndoles un convoy considerable de harina y de dinero enviado al ejército.

Pablo Vitelli permaneció bastantes días en Poppi, y después de arrojar al enemigo de aquella comarca, fué á San Stefano, en la Pieve, para tener en jaque á los que se encontraban por aquella parte, y hacer frente al enemigo que viniera. Aquella guerra en el rigor del invierno y en lo alto de las montañas, fué ruda y difícil, y ciertamente, de haber tenido alguna más paciencia, no precipitándose tanto el duque de Milán, y reuniendo los florentinos algún más dinero, hubiese terminado honrosamente, quedando al fin Pisa depositada en manos del Rey, porque los venecianos, además de estar agobiados por esta lucha, tenían al turco en Lepanto con numerosa escuadra, y necesitaban prepararse para la guerra de Milán, á la cual no podían atender mientras ésta durase.

Entre otros motivos que nos impidieron depositar la ciudad de Pisa en manos del rey de Francia (1499) y continuar las negociaciones con el duque de Ferrara, era uno que el duque de Milán no quería la tuviéramos

por esta vía, juzgando que en tal caso seríamos amigos de los franceses, y él quedaría sólo y sin nuestra ayuda frente á los venecianos.

En esta guerra del Casentino quedaron prisioneros muchos nobles, entre ellos Juan Conrado, sobrino de Alviano.

El cardenal de San Pedro *in Vincula* favoreció mucho las negociaciones entre los venecianos, el rey de Francia, el Papa, Trivulzio, el Sr. Constanzo y muchísimos otros italianos que se encontraban en Venecia, juzgando muy útil la amistad de aquella Señoría y prometiéndose de ella grandes ventajas.

La paz entre el rey de Francia y los venecianos quedó firmada el 9 de Febrero en Angers. Las cláusulas secretas no se supieron nunca sino por lo que los efectos demostraron.

El 14 de Febrero salió el duque de Urbino de Bibbiena con salvoconducto de Vitelli, previo consentimiento del Comisario, que era Pedro Juan de Ricasoli. Dijose entonces con bastante crédito que esta salida la ordenó ó consintió el duque de Milán.

Fuimos grandemente imprevisores en estas circunstancias, no haciéndose caso en Florencia de los sucesos, ni tomando, por tanto, ninguna medida de precaución.

Después que fueron á Venecia los embajadores, que eran Pablo Antonio Soderini y Juan Bautista Ridolfi (debe comprobarse la fecha de su partida y las instrucciones que llevaban), no cesaron las caricias ó las amenazas del duque de Milán para que se hiciera el tratado, y después, para satisfacer á la Señoría de Venecia, no se cuidó de que nuestros derechos quedaran perjudica-

dos, y el duque de Ferrara extremó las complacencias para agradar á unos y á otros.

Las condiciones que Venecia propuso y apoyó con insistencia en favor de los pisanos, eran cuatro: que la administración de justicia, al menos la criminal, no estuviera en nuestras manos; que los fuertes quedaran en poder de los pisanos; que pagáramos todos los gastos hechos por ellos en la guerra, y que los derechos de entrada en Pisa, es decir, las gabelas y demás arbitrios, fueran para los pisanos; teniendo al principio la misma exigencia respecto á Liorna; pero al fin aceptaron las condiones estipuladas en el juicio arbitral que hubo.

El 3 de Marzo fué firmado el compromiso, y el 6 de Abril dictada la sentencia arbitral. Los venecianos, es decir, la multitud de los ciudadanos, clamaron contra la sentencia, que suponían contraria á sus intereses, porque deseaban que Pisa y su territorio quedaran libres y que Venecia, con cualquier nombre, pudiera mantener allí tropas. Pero los menos consiguieron lo que deseaban.

Convendrá referir aquí el apasionamiento con que unos ciudadanos defendían á los Vitelli y otros á los Marcioni.

Por lo gravoso de los gastos y por el temor á Francia, entró el duque de Milán en la alianza, y accedimos nosotros por creer que el rey de Francia no insistía en pedir se le entregara en depósito Pisa, pues en el acuerdo hecho en Venecia nada se dijo de esta condición; porque además teníamos que abonar todos los gastos y por desanimación, á causa de los sucesos ocurridos, sin esperanza de que, aislados y desunidos, pudiéramos hacer otra cosa; máxime no esperando del rey de Francia

más que una suspensión de hostilidades con los venecianos, y aun esto era dudoso.

Los turcos, mientras tanto, hacían grandes armamentos, y Venecia, alarmada, también los hizo, nombrando general de su escuadra á Antonio Grimano, quien no desempeñó mal el cargo.

Publicado y ratificado el arbitraje, el duque de Milán envió á Visconti á Pisa para aconsejar é inducir á los pisanos á que aceptaran el laudo. Lo mismo hizo el duque de Ferrara, y ordenó á un tal Héctor Bellingerio venir á Florencia, procurando ambos recibir de los florentinos comisión é instrucciones para lo que debían hacer en Pisa. No fué permitido ir al de Ferrara. Esta declaración se hizo el 7 de Abril, un día después de la fecha del laudo, y se fundó en que, por medio de su enviado, el duque de Ferrara dió á entender que había hecho en Venecia algunas adiciones y aclaraciones al laudo que desagradaron grandemente en Florencia. La copia está coleccionada en la fecha correspondiente. Si la multitud se quejó al principio del fallo arbitral, mucho más clamó después contra él, á pesar de que las adiciones se hicieron para satisfacer á los venecianos favorables al acuerdo, quienes se quejaban sin razón, porque aquéllas no tenían importancia alguna.

Hiciéronse entonces algunas gestiones para apartar al Papa de la alianza francesa, y éste, disimulando, pres-tábase á negociar con todos, hasta que al fin se pactó la liga entre Milán, Nápoles, la Iglesia y nosotros. El tratado está coleccionado en la fecha correspondiente.

No fué Visconti á Pisa, por impedirlo los florentinos diciéndole que era mejor fuera desde otra parte; pues, yendo de Florencia, él mismo se privaba de autoridad, y

además, por su elevada categoría, daba importancia á los pisanos y ocasión para vender más cara su ciudad al Papa y á los Orsini, á quienes ya habían pedido que les tomaran bajo su protección.

Cuando las tropas enemigas partieron de Pisa, el comisario de Pontedera hizo saber á los Pisanos que en el término de seis días, respondieran si aceptaban el laudo arbitral y estaban dispuestos á observarlo; pues, de lo contrario, se procedería contra ellos.

Visconti estaba en Luca, y los pisanos le enviaron embajadores, ofreciéndole la ciudad para el duque de Milán, al que deseaban enviar también comisionados para quejarse de la pérdida de algunas naves que habían sido quemadas en la embocadura del Arno, y pedirle que hiciera prorrogar el plazo de los seis días.

El 4 de Mayo de 1499 el duque Valentino tomó por esposa á la hija del duque de Albret, y dió la dote á éste, porque se obligó á emplear cien mil florines en la compra de algún gran dominio en Francia y á conseguir que nombraran cardenal al hermano de su suegro, aunque esto era muy difícil, porque el duque Valentino decía no tener facultad para prometerlo, siendo al fin preciso que el Rey diera á los de Albret promesa de que el Papa lo haría.

Por entonces, es decir, hacia las calendas de Mayo, decididos los pisanos á sublevarse, enviaron comisionados á Siena y á los demás puntos de donde podían esperar auxilio, reconstruyendo y preparando las fortificaciones de la ciudad para defenderla.

Debe recordarse que también en esta época, es decir, hacia fines de Abril, fueron destruídos los muros de Bibbiena en castigo de la rebelión de sus habitantes.

En Venecia quebraron las casas de Lippomani y Garzoni, y la de Pisani estuvo á punto de quebrar.

En Mayo de este año se hizo nueva reforma en los cargos públicos, reducida á algunos reglamentos, especialmente para el Consejo de los Diez.

Cuando salieron las tropas de Bibbiena, el duque de Milán censuraba á los venecianos el tener sus tropas en pie de guerra, alimentando las esperanzas de los rebeldes, y los venecianos al Duque de que retrasaba el arreglo de las cosas de Pisa. De esta suerte, nuestra inconstancia y perpetuo descontento añadía disgustos á las calamidades de aquella época.

Por entonces cesaron de nombrar el Consejo de los Diez en Florencia, ordenándose que en lo porvenir no se restablecería si no lo determinaba el Consejo de los Ochenta por tres cuartas partes de votos.

Así las cosas, perseveraban los pisanos en su obstinación, sin ocultar sus intenciones; pero presumiéndose en Florencia que los socorros esperados por aquéllos llegarían tarde, ordenóse á los Vitelli que montaran á caballo é invadieran el territorio de Pisa. Después del convenio de Venecia, los Vitelli se habían retirado de San Stefano de la Pieve á sus casas. Ordenóse también á todos los demás hombres de armas que se prepararan para el ataque de Cascina, que se realizó en el mes de Junio inmediato.

Entretanto, se activaban los proyectos de los franceses contra el ducado de Milán. Habían salido con dirección á Astí cuatrocientas diez lanzas francesas, y Trivulzio, á nombre del Rey, rompió la tregua con los genoveses hecha á su instancia. El rey de Francia se preparaba para venir á Lyon, no cabiendo ya duda de la

empresa proyectada, aunque los venecianos procuraban disimularla con todos los medios posibles.

El duque de Milán, comprendiendo el peligro que le amenazaba, nos excitaba con apremio á unirnos á él y obligarnos en su defensa y, para conseguirlo, no sólo agradecía le pidiéramos apoyo en los asuntos de Pisa, sino lo ofrecía con la más amplia generosidad y se entrometía á buscar medios de reconciliación entre nosotros y los pisanos, y, en último caso, á resolver la cuestión por medio de las armas.

Por nuestra parte, en nuestra situación, era imposible aliarnos con él, porque veíasele ya próximo á su ruina, y en Florencia estaba tan dividida la opinión pública, que era imposible tomar una determinación cualquiera. Tampoco convenía exasperarle con una negativa, porque también en ello había el peligro de que, desesperado, entorpeciera el negocio de Pisa, negocio fácil de turbar y dificultar con mucho menos ingenio y fuerzas de las que el Duque tenía. Insistía, pues, impaciente por nuestras dilaciones, recordándonos los pasados servicios y amenazándonos para lo porvenir, cosas ambas que producían gran turbación en Florencia, avergonzando á muchos la ingratitud, y temiéndole no pocos. Lo que él pedía eran trescientos hombres de armas y dos mil soldados de infantería. La dificultad era grande para contemporizar con Sforza y con Francia, de donde también se nos incitaba á que nos declaráramos contra el Duque, pidiéndonos además hombres de armas y tres mil infantes. Respondíamos nosotros á ambas partes que la empresa de Pisa nos impedía tomar partido por cualquiera de ellas, y prometíamos á las dos que, tomada esta ciudad, contarán con nosotros.

Tales vacilaciones fueron causa de no servir á Dios ni al diablo, procurándonos, sobre todo, el rencor de los franceses, que era peligroso, por estar convencidos de que, con su victoria, habían ganado la amistad de los que no estaban antes con ellos, y el mismo Rey dijo en una conversación: «*A cette heure tout est gagné.*»

FIN DE LOS EXTRACTOS.